



Solidaridad. Kathe Kollwitz

ANTONIO MACHADO POR EL MISMO



Centenario de su nacimiento: 1875-1975

Jaime Quezada

1.—A modo de epígrafe y homenaje

Revisando y releendo cuanto material útil encontré a mano: libros, cartas, periódicos, he escrito —en Santiago de Chile de 1975— este testimonio humano-literario (**un retrato sin parecido es malo**) de Antonio Machado, uno de los poetas puros, uno de los grandes poetas de España. He conservado rigurosa fidelidad, exactitud y apego a su palabra verdadera. De otra manera no podría invocar en su homenaje ese verso oratorio final de Rubén Darío: **ruego por Antonio a mis dioses, ellos lo salven siempre. Amén.**

2.—Retrato e infancia

Como mucha hipocresía hay, y una falta absoluta de virilidad espiritual, yo no me atrevo a decir en público ciertas cosas. Pero si en un retrato el parecido debe ser tal, que no tengamos que preocuparnos de él, diré, con mi amigo Juan Ramón Jiménez, que efectivamente Antonio Machado **era corpulento y vestía su tamaño con unos ropones negros, ocre y pardos, pantalón perdido y abrigo de dos fríos, deshecho todo. En los puños del camión llevaba unas cuerdecitas en vez de pasadores de bisutería, y una cuerda de ermitaño a la cintura; ¿botones?, ¿para qué?** Rubén Darío —ese peregrino de ultramar— me llamaba **pastor de mil leones y de corderos a la vez.** Aunque las malas lenguas decían que yo iba siempre lleno de cenizas y que en los bolsillos sólo guardaba colillas. Pablo Neruda, el gran Pablo, cuenta en sus Memorias que me vio muchas veces sentado en un café **con mi traje negro de notario, muy callado y discreto, dulce y severo como árbol viejo de España.**

Nací en Sevilla, una noche de julio de 1875, un año después que el general Martínez Campos hizo un pronunciamiento, abolió la República y proclamó rey de España a Alfonso XII. Mi ciudad natal y mis recuerdos de infancia me marcarán para siempre. La Sevilla de mis recuerdos estaba fuera del mapa y del calendario. Me entusiasman los paisajes marinos: ellos me recuerdan sensaciones de mi infancia, cuando yo vivía en los puertos atlánticos. Mi hermano José me dibujará, años más tarde, jugando a las cartas con mi abuela en la mesa del comedor: **está en la sala familiar, sombría, / y entre nosotros, el querido hermano / en el sueño infantil de un claro día.** A menudo evocaré mis caminatas callejeras comiendo caña de azúcar o sentado, muy compuesto, en un banco de la plaza de Sevilla: todo lo que soy —bueno y malo—, cuanto hay en mí de reflexión y de fracaso, lo debo al recuerdo de mi caña dulce.

Estudí un par de años en mi ciudad natal y después en Madrid. Para leer las obras de Platón aprendí griego, y el latín nunca fue conmigo porque me lo hizo padecer un mal maestro. He andado muchos caminos. Desde muy temprano la naturaleza y los viajes vitalizaron mi espíritu y mi visión del mundo. Sevilla, Madrid, París, Soria, Baeza, Segovia, Valencia, Barcelona, Colliure, son mis lugares geográficos, y para siempre. Mientras viajaba en vagones de tercera clase escribí poemas, fechaba versos: **si es de noche no**

acostumbro a dormir, / y de día por mirar los arbolitos pasar / yo nunca duermo en el tren, / y sin embargo voy bien. Iré, casi desprovisto de equipaje, de un lugar a otro a caballo, en coche, en tren. Gentes de la tierra y campesinos me acompañaban, silenciosos y meditabundos. Algo, mucho digo yo, debe haber quedado de ellos en mí. De aquí me vienen las muchas horas de mi vida gastadas —alguien dirá perdidas— en meditar sobre los enigmas del hombre y del mundo.

3.—Del amor a las penurias profesoriales

En 1907 obtuve cátedra de Lengua francesa que profesé durante cinco años en Soria. Poco tiempo antes, había estado en la Sorbona de París. Los días fueron allí tan rápidos que nada conocí de los franceses pero me sirvieron para conocer mi España. Soria será mi tierra sagrada: vivo retirado en un rincón de Castilla donde me siento —con harta satisfacción— olvidado casi de todo el mundo, y me encanta saber que me recuerdan los pocos a quienes yo no olvidaré nunca. Aquí fundé un periodiquillo para aficionar a las gentes a la lectura. Aquí viví alucinado por el amor: Leonor Izquierdo Cuevas será mi pasión en un torbellino de arrebatos y gloria. Pero no se puede amar sin sufrir: hace dos años me casé y una larga enfermedad —una tisis— de mi mujer, a quien adoro, me tiene muy entristecido. En 1912 muere mi mujer, y mucho de mí mismo muere también. La muerte de Leonor dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella. Pero por sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada de extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto me consuelo. Tengo a veces esperanzas. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Hasta pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro —**Campos de Castilla**— me salvó, y no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil no tenía derecho a aniquilarla. Hoy y siempre quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad.

Pasaré después más de ocho años de destierro en Baeza, en medio de una población completamente huera. Baeza tenía un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabía leer un treinta por ciento. No se podía hacer nada: no hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. La gente de esta tierra tienen el alma absolutamente impermeable. Siendo la comarca más rica de Jaén, la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica y no tiene un átomo de religiosidad. Me



pesa esta vida provinciana en que uno acaba por devorarse a sí mismo. Muchas veces pienso en abandonar mi cátedra e irme a vivir a Madrid de la pluma. Pero esto sería la miseria otra vez.

Yo seguía en ese poblachón moruno sin esperanzas de salir de él, resignado, aunque no satisfecho. Para salir habría tenido que intrigar, gestionar, mendigar, cosa incompatible, no sé si con mi orgullo o con mi vanidad. En los concursos saltaban por encima de mí, por ser doctores, licenciados, ¡qué sé yo cuántas cosas! Yo, por lo visto, no era nada oficialmente. Eso, en cierto modo, me consolaba. Escribí poco. Y aun esto no muy de gusto. Unos poemillas. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también: **heme aquí ya, profesor / de lenguas vivas (ayer / maestro de gay-saber, / aprendiz de monseñor), en un pueblo húmedo y frío, / destartado y sombrío, / entre andaluz y manchego.**

Durante mi permanencia en Baeza (1912-1919) el mundo estallaba en llamas y la Gran Guerra dividía a los demás países europeos. Yo le escribía, por entonces, a Unamuno —rector no ya de Salamanca sino de la poca España que aún nos queda—: **esta guerra parece tan trágica y terrible como falta de nobleza y de belleza ideal. Después de ella tendremos que rectificar algo más que conceptos; sentimientos que nos parecían santos y que son, en realidad, criminales, inhumanos. Hemos tomado en espectáculo la guerra, como si fuera una corrida de toros, y en los tendidos se discute y se grita. Pero don Miguel de Unamuno, el humanizador de nuestra vida pública, el iniciador de la fecunda guerra civil de los espíritus, era despojado del rectorado de su Universidad, porque malos tiempos empezaron a correr en la España inerte y abrumadora que amenazaba anegarlo todo. Régimen de iniquidad que empezaba a indignarme. La Inquisición era infinitamente más repugnante que aquélla. Yo empezaba a dudar de la santidad del patriotismo y postulaba a seguir diciendo lo que puede decirse y atizando el sagrado fuego bajo la helada.**

En Segovia estuve leyendo a los niños trozos de Don Quijote. Y de tarde en tarde, para vacaciones, para Semana Santa, hacía viajes a Madrid. Frecuentaba bibliotecas, ateneos, teatros, cafés, restoranes desde donde escribía a los amigos después de apurar muchos bocks de cerveza: **in vino veritas.** Era el tiem-

po que yo me lo pasaba enfermo con fiebres gástricas. Y nunca me sentía peor que cuando estaba saludable y robusto. Aunque comprendía que esa salud y robustez no pasaban de apariencia. Una larga y maravillosa correspondencia epistolar con Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez me daban ánimo y consuelo. Empezaba a comprender el valor de las cartas. En ellas se dice lo que se siente, fuera del ambiente social, donde ni el hombre se oye a sí mismo ni oye a su prójimo.

4.—Ideario poético

Muy rara vez me he preguntado qué es la poesía. Todo artista, mejor diré, todo trabajador tiene una filosofía de su trabajo, reflexiones sobre la totalidad de aquella labor a que —como maestro o aprendiz— se consagra. Ser literato vale tanto como ser zapatero de viejo o constructor de jaulas para grillos. Y como creo todavía en la inspiración, yo trabajo también. Toda composición requiere, por lo menos, diez años para producirse. Creo en mí, creo en usted, creo en mi hermano, creo en cuantos hemos vuelto la espalda al éxito, a la vanidad, a la pedantería, en cuanto trabajamos con nuestro corazón. Paciencia y humildad. No estoy del todo descontento de mis poemas porque me parecen tan disparatados como sinceros. Procuro calcar las líneas de mi sentimiento y no me asusto de que salga en el papel una figureja extraña y deforme porque eso soy yo.

Amé con pasión y gusté hasta el empacho a los viejos dioses: Whitman, Darío, Edgardo Poe. Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione a las almas. La poesía es la palabra esencial en el tiempo: inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana. La misión del poeta es inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo suyas, viviesen, no obstante, por sí mismas. El elemento poético debe ser una honda palpitación del espíritu.

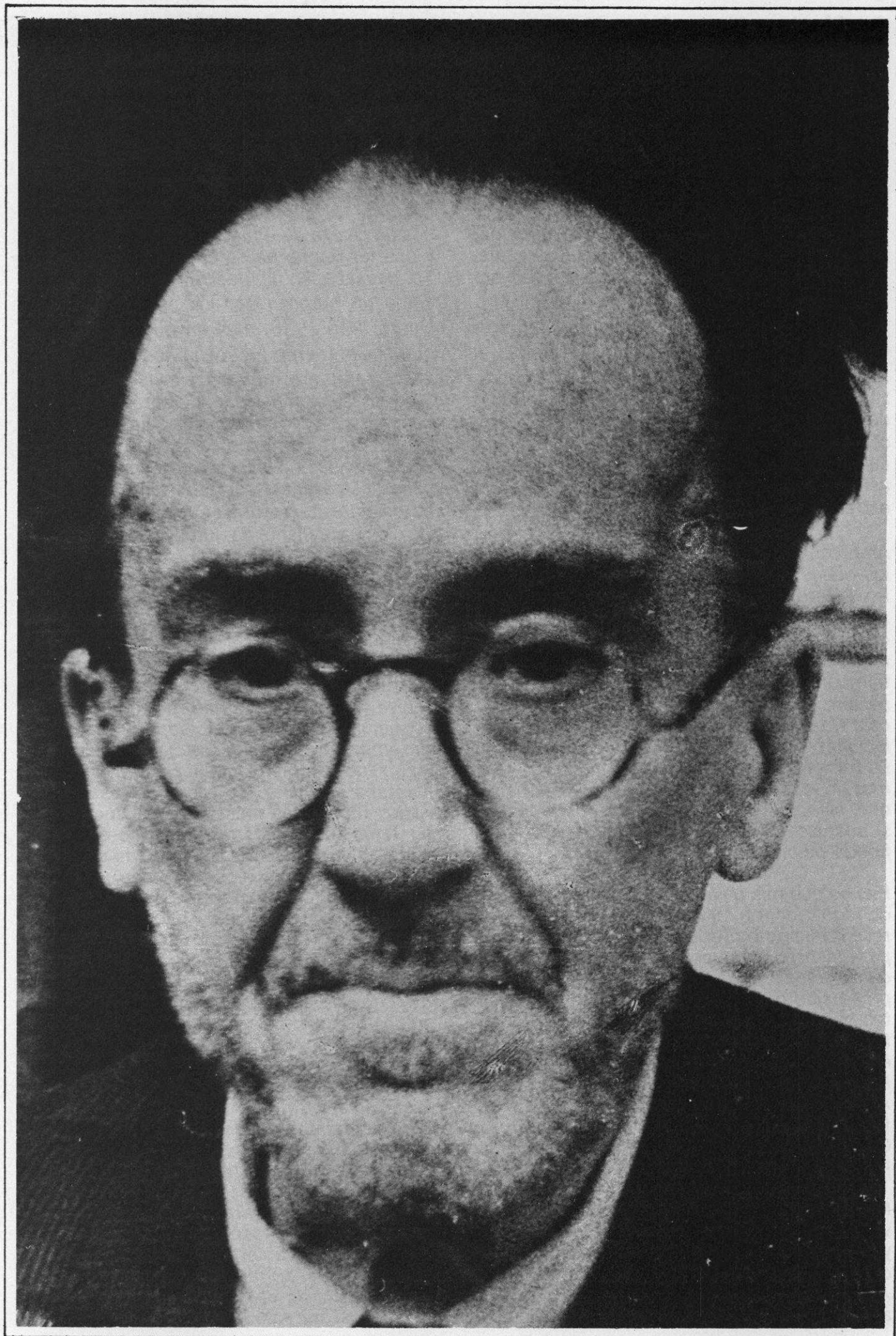
Pienso que mis palabras han de estar limpias de todo rencor a mi prójimo literario, de todo resentimiento o despecho. Tardé cuatro años para incorporarme como miembro de la Academia Española de la Lengua. Todo ese tiempo ha sido necesario para que venza yo ciertos escrúpulos de conciencia, cierto rubor y timidez. No soy humanista, ni filólogo, ni erudito. Pobres son mis letras, pues aunque he leído mucho, mi memoria es débil y he retenido muy poco. Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que de amena literatura. Con excepción de algunos poetas, las bellas letras nunca me apasionaron.

Recomiendo no leer nunca mis versos en alta voz. No están hechos para recitados. La mayor tortura a que se me puede someter es la de escuchar mis versos recitados por otro. A los poetas jóvenes, y a los por venir, les aconsejo orgullo y severidad para sí mismos.

Y sobre todo, no olvidemos que la cultura es intensidad, concentración, labor heroica, callada y solitaria, pudor, recogimiento antes, mucho antes, que extensión y propaganda. En fin, que sólo publico para librarme del maleficio de lo inédito y para no volver a acordarme de lo escrito. Y si un libro nuestro fuera una sombra de nosotros mismos, sería bastante; porque francamente es mucho menos: la ceniza de un fuego que se ha apagado y que tal vez no ha de encenderse más.

Yo pensaba en la guerra. La guerra venía como un huracán por los páramos del alto Duero. Año 1936, días en que la contienda que ensangrienta a España nos aparecía con vagos caracteres de guerra civil entre dos categorías de españoles, o si queréis, entre dos Españas: la España popular, ávida de nuevas experiencias humanas, la España viva y, por ende, incapaz de vivir a retrotiempo, y la España desmayada y sombría, tantas veces cobarde ante la historia. Cae Federico García Lorca, y yo, lleno de luto y llanto, escribo **El crimen fue en Granada**. A las puertas de Madrid cae también mi amigo el escultor Emiliano Barral, capitán de las milicias de Segovia. En 1920 había escrito yo un poema en su homenaje. Para el día de San Silvestre muere don Miguel de Unamuno: **el genio calla porque nada tiene que decir cuando el arte vuelve la espalda a la naturaleza y a la vida**. Lo mejor del pensamiento superior ha salido, sin embargo, al exilio: Baroja, Marañón, Ortega, Juan Ramón Jiménez, entre muchos. **Alentaba escuchar las voces de los buenos, en los momentos más trágicos, que han de ser también los más fecundos, de esta magnífica soledad española. Allí donde se encontrasen estarán con nosotros, con los amantes del pueblo español del lado de nuestra gloriosa República.**

A comienzos de 1938 me traslado a Barcelona con mi madre y allí viví, mientras pude vivir, en una casona de amplio jardín, consagrado a defender la causa republicana. Una y otra vez, como una canción que no puede olvidarse, pensaba y repetía yo una frase de Unamuno: **Amigo Antonio, yo no sé qué va a pasar en nuestra casa. Estoy como el hombre que camina por la nieve sin huellas del camino**. Seis meses antes de salir inevitablemente yo mismo al exilio, escribí, casi oculto en un cuarto de mi casa y a la luz de una vela, un mensaje para ser leído en el Congreso de la Paz mientras las bombas caían sobre la ciudad abierta: **con sumo gusto hubiera acudido a París para dar testimonio de presencia en el grupo de escritores antifacistas, si mi salud, harto quebrantada, lo**



hubiera consentido. Mis compatriotas saben muy bien que apenas puedo moverme de casa. Una enorme oleada de cinismo o, si os place, mejor de "realismo", nos arrastra a todos.

Lo que vino después, sólo la historia literaria —y la otra—, podrá buena o malamente contarlo. Como lo cuenta Neruda en estas páginas testimoniales: **Antonio Machado, sosteniendo a su anciana madre y a su hermano, se une a su pueblo que abandona España derrotada y hace el terrible camino hacia los Pirineos entre los cientos de miles de civiles fugitivos, en el más grande éxodo de la historia, con frío y hambre, y ametrallados desde el aire. Tan sólo en la Biblia encontramos tanto dolor acumulado y tanta serenidad augusta.**

El mismo día que Antonio Machado muere en el pueblito francés de Colliure —todas las horas nos hieren, la última nos mata—, el generalísimo Francisco Franco, escoltado por una guardia mora, pasa revista en la Gran Vía de Barcelona a 80,000 hombres, 500 cañones, 100 tanques, 200 camiones y 400 aeroplanos, mientras los altoparlantes entonaban las marchas italianas *Giovinezza* y *Ritorno de Legionario*. Era el día miércoles 22 de febrero de 1939.

Quienes estaban cerca del poeta —pocos, pero todos—, cubrieron su cadáver con una bandera republicana. ¡Gran honor y gran orgullo!: Cuando yo tenía siete u ocho años recuerdo haber llorado de entusiasmo en medio de un pueblo que cantaba "La Marselesa" y vitoreaba a Nicolás Salmerón que volvía de Barcelona. Desde muy niño había en mí una emoción republicana.

A los pocos días, y desde un lugar de los Estados Unidos, Juan Ramón Jiménez escribe una declaración al mundo: **Un grupo numeroso de escritores, artistas, científicos españoles compañeros nuestros, están pasando hambre, frío, miseria completa en los campos de concentración que Francia ha destinado en su frontera del sur a los españoles salidos de Cataluña. Antonio Machado, nuestro gran poeta, símbolo alto de todos ellos, ha muerto allí, llenándonos a todos, con su caída, de sombra. Y aunque sólo sabemos la primera noticia estamos seguros de que ha muerto.**

Verdaderamente, Antonio Machado ha muerto. Pero mi corazón no duerme, está despierto, está despierto. Sólo que ahora cabe

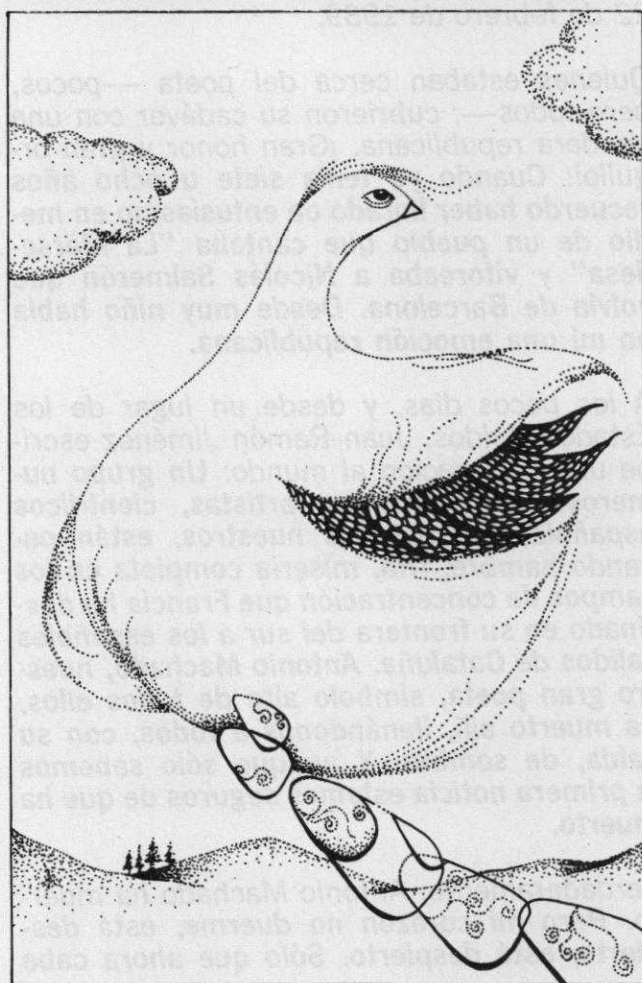
pensar que caminamos hacia una nueva iluminación.

Obras consultadas:

- Antonio Machado: **Poesías completas**. Ed. Losada, S. A. Buenos Aires, 1958.
- Antonio Machado: **Los Complementarios**. Ed. Losada, S. A. Buenos Aires, 1957.
- Antonio Machado: **Cuaderno de Literatura**, Bogotá, 1952.
- Antonio Machado: **Caminante no hay camino**, Editora Nacional Quimantú, Santiago, 1973.
- Marina Latorre: **Antonio Machado a través de Pablo Neruda...** Casa de la Cultura Ecuatoriana. Guayaquil, 1973.
- M. Enciso: **La voz eterna de Antonio Machado**, Secretaría de Educación Pública, México, 1949.
- Pablo Neruda: **Memorias y recuerdos**, Revista "O Cruzeiro", abril, 1962.
- Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez: **Amistad verdadera, claro acento**. Universidad Laval, Facultad de Letras, Quebec, 1967.
- Diario "El Mercurio": **Antonio Machado**, Santiago, 24 de febrero, 1939, p. 3.

*Cinco poemas de OLGA ARIAS

Con el laurel de la paloma decapitada
y los ojos en el tiempo
que se fugó
por la pregunta de la llave.
Sin huellas que deshojar en el camino,
consulto la red huérfana de caléndulas
y las raíces de mis manos
son agujeros y túneles,
porque nadie practica en mí
el ceremonial de una mirada,
nadie se desprende de un saludo
por adormecer mi hambre
y es de arena mi espejo
y es de lumbre mi noche
y de dolor un día y otro,
narcisos en que la nostalgia
me apuñala tras la blancura de un jazmín.



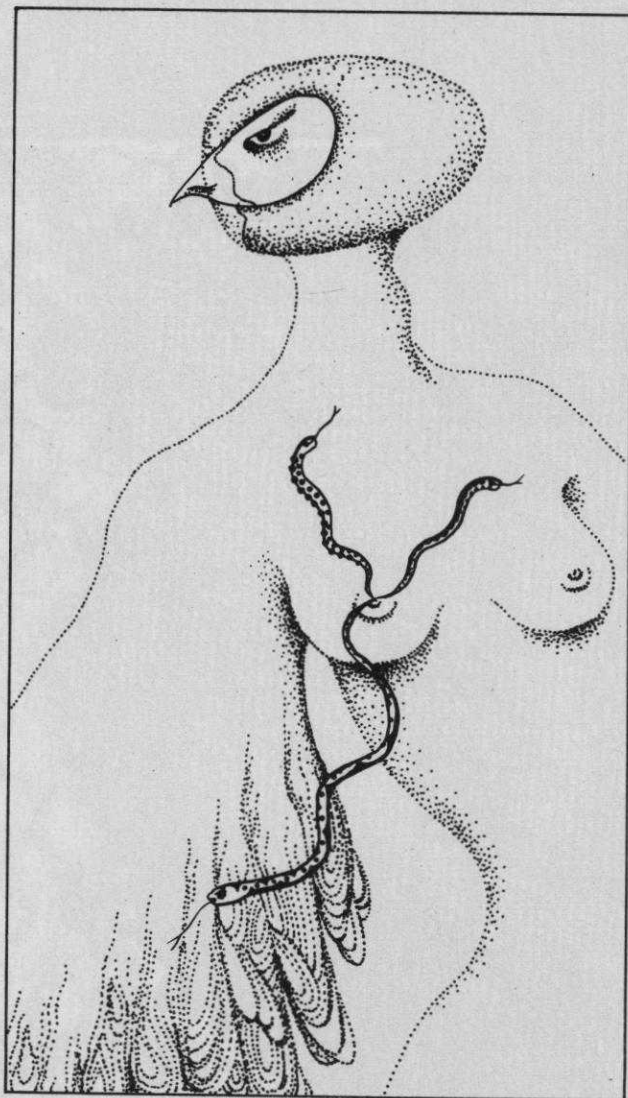
Dibujos de Berenice

En algún lugar hubo torcaza,
 estrella hubo
 y no fue en el campanario de mi cuerpo,
 no en la extinguida lámpara de mi alma.
 A mí la imaginación me pone
 un cristal de locura en los ojos
 y miro el ángel en los arácnidos,
 el astro en la frente del réprobo
 y en sueños en las máquinas.
 Lo auténtico es la esquelética atmósfera
 de mi orfandad cumpliéndose
 y mi gargantilla de luciérnagas vampíricas,
 así como el dolor,
 este dolor que es mudo
 ante la luna burlesca,
 ante sus decires con filos en las sílabas,
 ante sus carcajadas de harpía.
 Lo auténtico es haber muerto,
 porque he despertado.

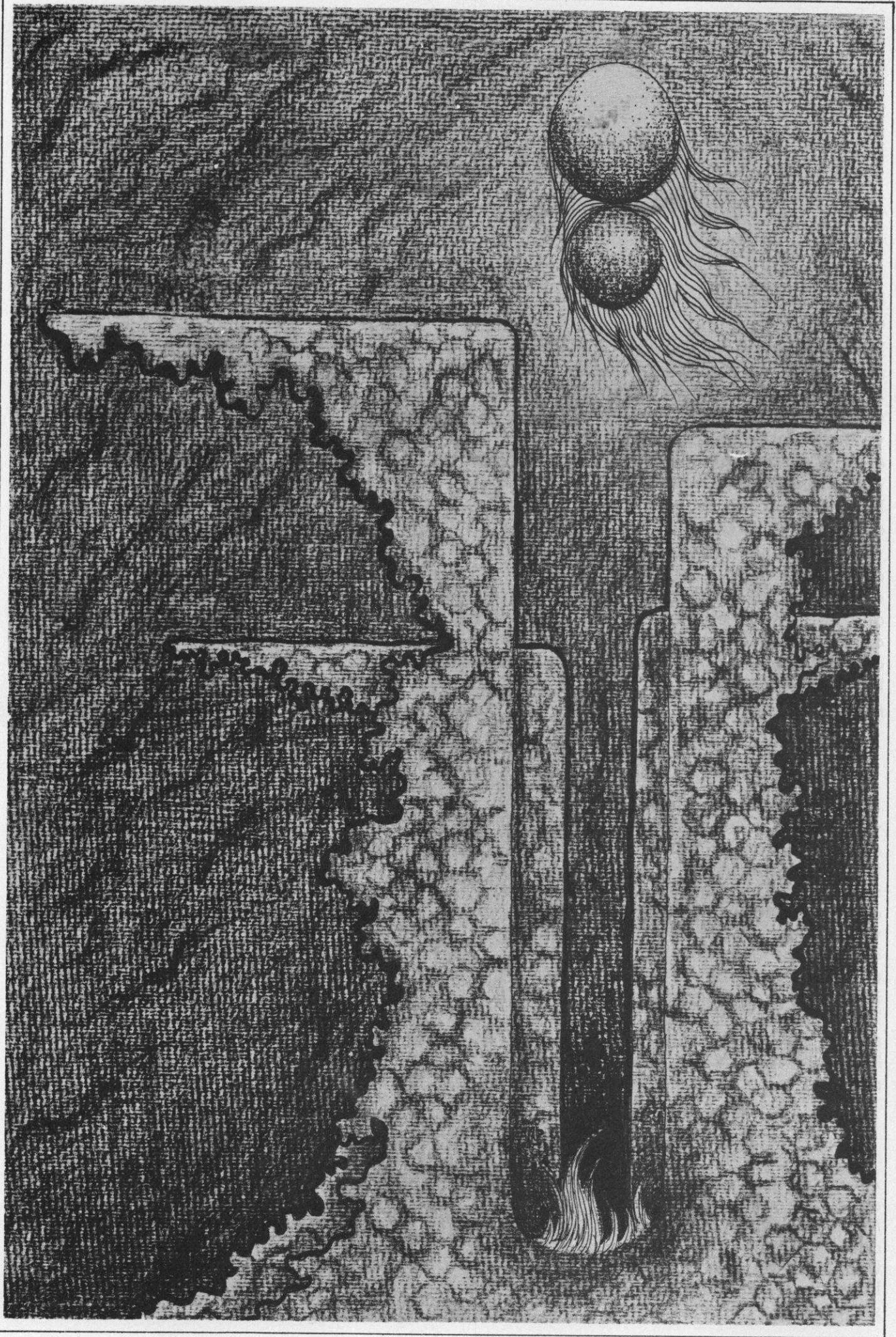
Porque se sabe de la soledad
 y del esqueleto de la rosa
 entre la sed de los brazos.
 En la tumba del trino
 se ciñe una cuerda helada
 en torno de la vida
 y se sabe
 que no hay fuego,
 que murió de insomnio
 junto con la primavera,
 hasta siempre,
 porque somos
 los que no tendrán sino ceniza
 por toda la noche interminable.

Antes, había perdido la piel
 en los trazos nocturnos.
 Miré los dientes
 que comieron mis palabras.
 Una sílaba, el espíritu,
 la soledad absoluta,
 sobrevivían a pesar de todo.

Soy proclive al crepúsculo,
 como la tristeza,
 broté para llevar lentes de lluvia
 y títeres azules en el horizonte.
 No es magnánimo
 darme un insomnio
 por estrella
 y en cada muñón una paloma
 con las plumas y el pico tóxicos.
 No es posible
 vivir en una espora de llanto.



* De **Nostalgia en el otoño**



CON AMOR

¡Con amor no se sienten las espinas!
¡Que me arrastren mil bestias por la cima,
o camine descalzo sobre cardos. . . ,
hasta brotar la sangre por encima. . . !

¡Llegue a mi pecho el dardo envenenado!
¡No importe mi vida. . . , si la hieren!
¡Que me saquen los ojos con mil clavos,
y al abismo me tiren . . . , si prefieren . . . !

Blancas rocas verán de mis despojos,
del rosal floreciente, tu destino. . .
pendiente encontrarán siempre mis ojos
anhelantes de amor por tu camino. . .

Que si envuelve mi alma la amargura,
y mis ojos se nublan con el llanto. . . ,
con tan sólo lograr quererte tanto. . . ,
¡bien merece la pena esta locura. . . !

¡FESTIN MACABRO!

I
Estoy tan convencido
de la vida,
que no voy a pedirle
un imposible. . .

Muchos vivimos
cubiertos de egoísmo,
y otros vamos
paso a paso
hacia el abismo.

Cuando estás
terriblemente solo,
te das cuenta
de lo que eres. . . ,
¡nada!

¡Solamente
fragmentos
de una espera!

Inconsciente reacción
tal vez postrera. . .
que nos dice. . .

¡Llévemolo. . .
es mejor!
nos desespera.

II
Y luego. . . ,
la torpe procesión
austera,
sin sentido.

Porque todos
llevamos impregnados
los designios,
y al decir. . . adiós. . .
nos olvidamos
de que el eco
nos repite en el camino. . .

Tu también
te juntarás conmigo.

Después. . . ,
¡Macabro festín
de orgullos olvidados
reducidos a un puño
de gusanos. . . !,
bajo tierra
convertido en polvo. . . ,
porque eso eras. . . ,
y en el mundo,
¡nada!
¡solamente
un puñado de bestias. . .
que se aterran. . . !

Cristóbal Sedano Arenas

CARTAS DE LA COMUNIDAD

De Greenwich, Conn.

Desde al terminar el pasado año de 1974, siempre he querido manifestarle mi especial gratitud por el envío de Norte, mi tabla de salvación en el mar devorante de la lengua inglesa; por su hermoso libro Intento de Psicoanálisis de Juana Inés, por su admirable disco Tango y Psicoanálisis, y por su estudio original y profundo, Intento de Psicoanálisis de Cervantes. Todos sus escritos los he leído y releído con enorme interés y deseo de aprender algo sobre los resortes de nuestro funcionamiento psicológico. Me admira tanta erudición y a la vez me fascina la manera como Ud. desciende hasta el sótano íntimo del ser humano, y cómo de esos laberintos y abismos saca a luz las verdaderas motivaciones que mueven y dan dirección a la actividad creadora del poeta o del escritor. Todo esto Ud. lo hace con arte, con conocimiento profundo, y lo expresa y comunica en prosa clara y sencilla que todos disfrutamos.

Le deseo por sobre todo, buena salud y largos años de vida, y egoísta espero muchas sorpresas de su pluma penetrante, exploradora y clínica.

Primo Castrillo.

De Cohasset, Mass.

Ezra Pound afirmó, hace tiempo, que los poetas —y por ende los cancionistas— son las verdaderas “antenas de un pueblo”.

Pensando esto, amigo Fredo Arias de la Canal, leí con máximo interés su Intento de psicoanálisis del tango, con el que usted hizo algo análogo a lo que un radiorreceptor cuya función es la de convertir ondas hertzianas en ondas sonoras, pues gracias a dicho estudio por vez primera oímos los matices psíquicos de una raza que antes quedaban ocultos en la sensualidad de la irresistible cadencia, como por fuerza de la subordinación natural de la lírica a la música.

Su Intento, por otra parte, es un trabajo serio y de penetración profunda, dos características que evidencian y aseguran el innegable rigor filológico de su investigación, y mismas que la sensibilidad de usted ha ya guiado a sus muchos lectores por el mundo caliginoso y misterioso de Cervantes, Cortés y Juana Inés.

Mucho también le agradezco el disco con la grabación Tango y Psicoanálisis que tan apropiadamente añade “poesía de musicalidad” a la sobriedad de las palabras que reproduce el número 259 de Norte.

Lo felicito con admiración.

Ubaldo Di Benedetto.

De Santo Tomé, Argentina

Con agradable sorpresa he recibido su gentil envío, elocuente tarjeta de presentación y expresión de atenta recepción de mis poemas y de la profundidad de usted en el conocimiento del sentir humano.

Su libro sobre la maravillosa poetisa de su tierra, que sigue asombrando a los estudiosos y a los que aman a la más elevada inspiración, está mostrando su estatura de acucioso y capaz pesquisante del porqué de las cosas, en este caso de los motivos poéticos de Sor Juana Inés de la Cruz, y es además, por su presentación, una fehaciente muestra de la calidad y del sentido de belleza de la labor editorial mexicana.

También su disco, tan ampliamente documentado sobre el tango argentino, evidencia su estudiosa dedicación, dando como fruto una verdadera fuente auxiliar de mejor comprensión hacia los motivos de sus letras, no siempre bien captados por todos los que las escuchan.

Agradezco, con real valoración, su envío, como mano cordial que se me tiende desde México, país por el que siempre he tenido especial simpatía, y sobre el cual he leído con avidez cuanto he podido, relacionado con su historia y sus realizaciones admirables, escritas muchas con sus piedras monumentales.

Rosaura Schweizer.

